(7

DESPUES DEL BAILE,

COMEDIA EN UN ACTO,

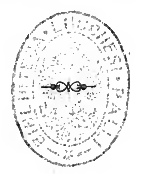
ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. Manuel Garcia Gonzalez.

Estrenada con extraordinario éxito en el teatro de Novedades de esta córte
el dia 20 de diciembre de 1862.





MADRID.
CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
calle de San Agustin, 12, 2.°
1863.

PERSONAJES.	ACTORES.
D. IGNACIO.	SR. GARCIA.
ENRIQUETA.	SRA. MONTESINOS.

VOZ DENTRO.

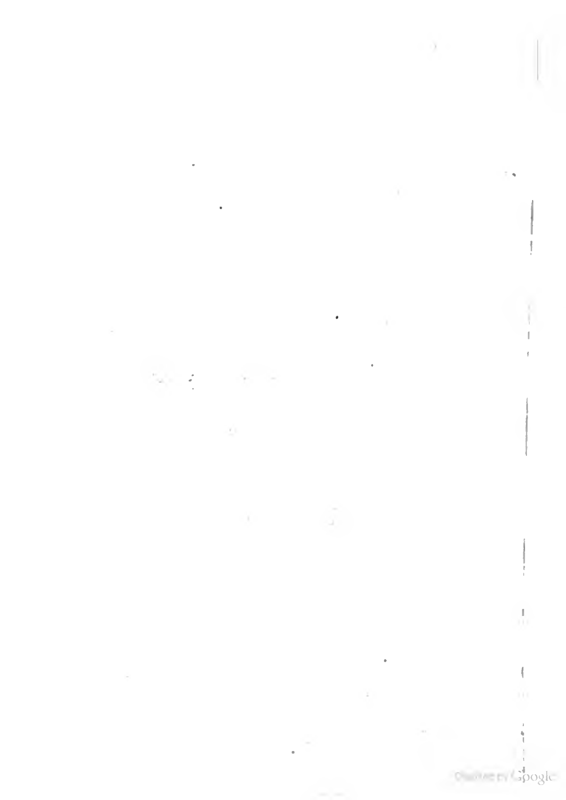
La escena en Madrid, en nuestros dias.

AL SR. D. JOSÉ GARCIA,

PRIMER ACTOR DEL GÉNERO CÓMICO,

en el Teatro de Novedades de esta córte.

EL AUTOR.



ACTO ÚNICO.

El teatro representa un gabinete octógono, amueblado con mucha elegancia: á la izquierda en primer término, un confidente, y encima un espejo ovalado, puesto en segundo término á la izquierda, en el ángulo. Puerta al fondo. En primer término, chimenea: balcon adornado con grandes colgaduras de seda, cerradas en el ángulo; á la derecha un sillon, una mesa á la izquierda: lámparas encendidas, una en la mesa, otra en la chimenea. Candelabros encendidos á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

Al alzarse el telon, ENRIQUETA vestida de baile y con un adorno de flores en la cabeza, está dormida en un sillon colocado junto á la mesa.

No... no, retírese usted... Dolores... eh!.. Dios mio (Despertándose.) qué es esto?... Ah! vamos... pues no me he dormido?... no tiene nada de extraño... abrumada de cansancio, en vez de llamar á mi doncella, me he sentado en la butaca y me ha rendido el sueño. (Levantándose.) Llamaremos..... (Viendo el reló colocado encima de la chimenea.) las tres! Es imposible!... las tres de la mañana!... y mi baile concluyó á la una!... es decir que me he llevado durmiendo dos horas! .. Y qué

pesadilla!... Soñando con el vecino de enfrente que quiere casarse conmigo por fuerza... y que ayer mismo me escribió amenazándome con que me iba á comprometer, impidiendo de ese modo mi casamiento con Luis... Habráse visto mayor insolencia! Solo de pensarlo.. Llamaremos á Dolores... (Llama del cordon de la chimenea.) La pobre muchacha habrá venido sin duda mientras yo dormia, y no se habrá atrevido á despertarme... Nadie... ni ella, ni José, voy á despertarlos. (Toma la bujia que estaba encima de la mesa, y vase por la puerta del fondo. La escena queda alumbrada por las lámparas de la chimenea.)

ESCENA II.

DON IGNACIO, Solo.

(Al tiempo de irse Enriqueta, se oye un ronquido sonoro detras de las colgadoras de la ventana.)

Quién ronca de ese modo? (Entreabre la colgaduras y se le ve en trage de baile acurrucado en un sillon.) Estoy solo... habré sido yo? Tengo el sueño tan estrepitoso que me despierto á mí mismo. (Levantándose y entrando en escena.) Lo cierto es que no me ha venido mal este ratito de descanso... Figúrense ustedes que salgo ayer de Valencia... paso toda la noche... y qué noche! en el ferro-carril... llego á Madrid por la mañana y voy á parar á la calle de Alcalá, número 84, á casa de un sobrino mio, el cual, dicho sea de paso, se habia ausentado por cuarenta y ocho horas... Acababa apenas de comer cuando llega mi amigo Celestino y me dice: ¿Quieres pasar la noche conmigo?—No hay inconveniente;—pues entonces ponte el frac: voy á llevarte á un baile. Accedo, y hénos aquí á las once de la noche en casa de la señora de Guevara, una linda viuda á quien yo no conocia. Mi amigo Celestino me presenta, y en medio de la confusion recibo un sin número de codazos, los devuelvo á mi vez, y al cabo de un cuarto de hora de este libre cambio me dice mi amigo Celestino: yo me voy á jugar, tú haz la corte á la dueña de la casa:—le dige que sí, pero no lo hice por dos razones: la primera porque no me gusta

charlar con las mujeres... eso me recuerda la mia, de la que quedé muy harto; y la segunda, porque estaba tan cansado, que preferí buscar un sitio donde nadie me viese para echar un sueño, y segun parece lo he conseguido... Pongámonos los guantes, y arreglémonos la corbata. (Se coloca delante del espejo de la izquierda. Enriqueta entra por el fondo.)

ESCENA III.

DON IGNACIO, ENRIQUETA.

ENRIQUETA.

(Nadie... parece que no han esperado mis órdenes para irse á acostar.) (Viendo á Don Ignacio.) Ah! un hombre aquí!

IGNACIO.

(Ah! la dueña de la casa!)

ENRIQUETA.

Caballero, ¿quién es usted...

IGNACIO.

Me llamo Ignacio (Saludando): soy el amigo de Celestino que me ha presentado á usted esta noche... Celestino... ya sabe usted... uno que es bastante chato.....

ENRIQUETA.

Sí, sí, ya le conozco... Pero... qué hace usted aquí en este gabinete?

IGNACIO.

Vine á respirar un momento... porque el calor... la atmósfera... pero vuelvo al salon ahora mismo.

ENRIQUETA.

Para qué?

IGNACIO.

Para bailar, señora... porque yo bailo todavia... hasta polko...

ENRIQUETA.

Bailar?... pero con quién?

IGNACIO.

(Me pilló... querrá que la invite...) (Con galantería.) Con quién ha de ser, señora? con usted, si quiere dispensarme el honor...

ENRIQUETA.

Pero... caballero... mi baile ha concluido.

IGNACIO.

Eh?... ya!...

ENRIQUETA.

Son las tres de la mañana.

IGNACIO.

Las tres!... (Mirando el reló.) Justo, las tres y cinco.

ENRIQUETA.

Pero qué ha hecho usted toda la noche? Dónde ha estado usted?

IGNACIO.

Me he aislado un momento... detrás de esas cortinas. (Sube indicando la ventana.)

ENRIQUETA.

Comprendo... Se habrá usted dormido?

IGNACIO. (Con indignacion.)

Oh!

ENRIQUETA.

Vamos, confiéselo usted...

IGNACIO. (Cambiendo de tono.)

Probablemente.

ENRIQUETA.

Y entre tanto todo el mundo se ha ido...

IGNACIO.

Cómo! ¿Celestino?... el empleado del ministerio...

ENRIQUETA.

Ya no queda nadie.

IGNACIO.

Entonces, señora, voy á hacer como ellos. Dígnese usted dispensar... (Saludando. Vá á buscar su sombrero detrás de las colgaduras del balcon.)

ENRIQUETA.

Ah! ¡Dios mio! La puerta de la calle está cerrada y mis criados descansando!

IGNACIO.

Los llamarémos.

ENRIQUETA.

Pero eso es imposible, caballero... qué dirian si le viesen á usted salir de mi casa, cuando hace dos horas que todos se han ido?...

IGNACIO.

Todo eso está muy bien, señora, pero supongo que no pretenderá usted detenerme...

ENRIQUETA.

Yo!...

IGNACIO.

Entonces partamos de un principio; para salir de una casa no hay más que la puerta...

ENRIQUETA.

Ó la ventana... (Señalando la ventana con timidez.)

IGNACIO.

Sí... cuando es cuarto bajo... pero desde un cuarto segundo ..

ENRIQUETA.

Es primero... con entresuelo...

IGNACIO.

Llámele usted háche.

ENRIQUETA.

Caballero... Es usted honrado?

IGNACIO.

Yo soy comerciante, señora.

ENRIQUETA.

Supongo que no querrá usted hacer á una mujer víctima de una situacion que usted mismo ha creado?

IGNACIO.

Yo?

ENRIQUETA.

Sí señor, quedándose dormido.

IGNACIO.

Es justo... he hecho mal.

ENRIQUETA.

Por lo mismo no puede usted negarme... (Señalándole la ventana.) inténtelo usted.

IGNACIO.

Que baje por el balcon?.. Permítame usted, señora... hay proposiciones que no se pueden hacer... á un hombre que como yo... frisa en los cincuenta... y que hasta los ha cumplido.

ENRIQUETA.

Caballero... advierta usted (Suplicando siempre.) que vá en ello mi honor... que usted me ha comprometido...

IGNACIO.

Señora... si al menos (Vacilando.) no hubiese entresuelo... Vamos, no digo que nó... haria un esfuerzo...

ENRIQUETA.

Yo se lo suplico... (Tomándole de la mano y llevándole hácia la ventana.) la noche está oscura... la calle desierta...

IGNACIO.

Señora... usted me precipita... (Se han ido acercando á la ventana. Enriqueta entreabre la colgadura y la deja caer vivamente al ver la ventana de enfrente con luz.)

ENRIQUETA. (Asustada y á media voz.)

Ah! retírese usted.

IGNACIO.

Eh! Pues qué hay?.. (Ocultándose contra la puerta del fondo.)

ENRIQUETA. (A media voz.)

Vé usted luz allí enfrente?

IGNACIO.

Y qué? Les sucederá lo que á nosotros... no se habrán acostado aún.

ENRIQUETA.

Es que me acechan, me espian.

IGNACIO.

Quién?

ENRIQUETA.

Un señor... que ha jurado perderme, porque no le hago caso. Que no le vea á usted.

IGNACIO.

Renunciamos á la ventana? Me alegro. (Va á sentarse en el confidente de la izquierda.)

ENRIQUETA.

Ah! nos hemos salvado!

IGNACIO. (Despues de un momento de silencio.)

De veras?

ENRIQUETA.

Son las tres y media.

IGNACIO. (Mirando su reló.)

Y cinco.

ENRIQUETA.

Quedese usted aquí hasta mañana.

IGNACIO.

Hasta mañana! (Se levanta.)

ENRIQUETA.

Quiero decir, hasta que amanezca. A las siete se levantarán mis criados... el portero abrirá la puerta de la calle... y usted podrá salir sin que lo adviertan.

IGNACIO.

Lo siento mucho, señora, pero es imposible.

ENRIQUETA.

Oh! caballero, en nombre de mi dicha!... Porque... sépalo usted de una vez, estoy proxima á volver á casarme... con una persona... á quien amo... y tengo que guardar mi reputacion.

IGNACIO.

Yo tambien, señora, tengo que conservar mi reputacion.

ENRIQUETA.

Oh! la reputacion de un hombre. (Sonriendo.)

IGNACIO.

Hay hombres... y hombres... Yo soy muy moral, y aquí donde usted me vé, he llegado á los cincuenta y tres años sin haber pasado una noche fuera de mi casa.

ENRIQUETA.

De veras? (Sonriendo.)

IGNACIO.

Como usted lo oye, señora.

ENRIQUETA.

Entonces, por qué ha venido usted á mi baile? Vamos, no (Tomándole el sombrero) me niegue usted ese favor.

IGNACIO.

Señora, usted me seduce... (Cediendo y sentándose.) Si hubiese usted

pasado la noche en un vagon, entre una vieja con bigotes y un señor que no hacia más que roncar.....

ENRIQUETA.

Voy á reanimar el fuego. (Vá hacia la chimenea.)

IGNACIO.

Oh! no se incomode usted por mí.

ENRIQUETA.

Aquí hay leña.

IGNACIO.

Sabe usted, señora, (Sentándose junto á la chimenea y arreglando el fuego.) que ya siento haber venido al baile?

ENRIQUETA.

A las siete estará usted libre.

IGNACIO.

Sí... pero... entretanto me voy á divertir.

ENRIQUETA.

Bah! Dos horas se pasan pronto.

IGNACIO.

Ciertamente, señora... no digo que hace veinte y cinco años hubiera tenido un gran placer... y hasta me habria parecido poco dos horas; pero hoy... á mi edad... preferiria irme á descansar.

ENRIQUETA. (Trayendo un cogin que ha tomado del confidente.)

Vamos; ahí tiene usted este cogin..... así estará usted más cómodo.

IGNACIO.

Gracias, señora.

ENRIQUETA. (Acercando un taburete que toma de delante del sofá.)

Y á los piés este taburete.

IGNACIO. (Instalándose en el sillon.)

Es usted demasiado buena: con todo, siento haber venido al baile.

ENRIQUETA.

Lo comprendo... tambien yo lo siento mucho.

IGNACIO. (Cierra los ojos y se revuelve en su sillon.)

En fin: cómo ha de ser...

ENRIQUETA.

Le incomoda á usted la luz? (Amortigua la luz de las dos lámparas de la chimenea.) Ajá, ya está mejor, no es verdad?

IGNACIO.

Sí, sí, mejor está.

ENRIQUETA. (Vá junto á la mesa y se ocupa en ordenarla. Momentos de silencio.)

Hace mucho que no venia usted á Madrid?

IGNACIO. (Recostado en el sillon con los ojos cerrados.)

Sí.

ENRIQUETA.

Le gusta á usted la córte?

IGNACIO.

No.

ENRIQUETA.

Prefiere usted vivir en provincia?

IGNACIO. (Volviéndose y cerrando los ojos.)

Perdone usted, señora..... tiene usted mucho interés en hablar?

ENRIQUETA.

No, lo hacia por usted... por distraerle...

IGNACIO.

En ese caso, señora, hágame usted el gusto de suspender la conversacion... estoy rendido de cansancio..... y sentiria no dormir un poco.

ENRIQUETA.

Lo haré así... Caballero.

IGNACIO.

Por mí no se incomode usted... entre en su habitacion y acuéstese si quiere.

ENRIQUETA.

Eh!...

IGNACIO.

No tema usted nada: enciérrese y eche el cerrojo. (Cerrando los ojos.) Buenas noches, señora.

ENRIQUETA.

Buenas noches, caballero. (Mirándole.) En efecto, lo mejor que puedo hacer es dejarle que duerma. (Se coloca ante el espejo que está en la izquierda, y va sacando sucesivamente de su peinado muchos alfileres. Procura quitarse el adorno de flores que se queda detenido.) Jesús! qué torpe soy!

IGNACIO.

Es imposible dormir aquí (Se vuelve.) Cómo! no se ha ido usted todavia? Quiere usted que le ayude?

ENRIQUETA.

Gracias, no se incomode usted... me estoy quitando estos adornos... pero hay tantos alfileres...

IGNACIO.

Ya lo sé... (Levantándose y buscando el alfiler.) Hay mujeres que tienen más alfileres que pelos... no lo digo por usted, señora. Ya está. (Le desprende la corona.)

ENRIQUETA.

Muchas gracias.

IGNACIO.

No hay de qué. Quiere usted que le quite los corchetes?

ENRIQUETA.

Caballero!..

IGNACIO.

Nada, no... (Con indiferencia.) se lo propongo á usted... si no quie-

re..... me es igual. (Vuelve á acomodarse su cogin y se coloca en un sillon.)

ENRIQUETA. (Tomando una lámpara y llevándose la corona y los adornos.)

Adios, caballero, y buenas noches.

IGNACIO.

Eche usted el cerrojo.

ENRIQUETA.

(El cerrojo!) A las siete le despertaré á usted.

IGNACIO.

Ó tal vez sea yo...

ENRIQUETA.

(Él!..) (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV.

DON IGNACIO en el sillon, de mal humor.

Y á esto llaman en Madrid un baile de buen tono! En fin, sufriremos las consecuencias de mi debilidad... Con tal que no vuelva esa señora. (Levantándose.) Echaremos el cerrojo. (Va á la puerta de la izquierda.) Calle! pues no le hay!.. Si al menos hubiese visto á ese empleado del ministerio de Gracia y Justicia... pero nada, no sé por donde se ha escabullido, que no he logrado echarle la vista encima en toda la noche. (Saca de su bolsillo un pañuelo de seda, con el que se envuelve la cabeza.) Verdad es que he estado durmiendo... Vamos, estoy desesperado... de todo esto tiene la culpa mi señor sobrino... empeñarse en que venga á Madrid á conocer á su futura esposa, y no se ha de casar! no quiero en mi familia ninguna madrileña... no señor, no la quiero. Ya empieza á abrirseme la boca. (Empieza á bostezar.) No, pues esto no es sueño... es una cosa muy parecida á debilidad de estómago... es claro, mientras los otros se dedicaban á tomar un refrigerio, yo dormia á pierna suelta... Si yo encontrase algo. . (Se levanta.) por allá dentro... (Tomando una bujía de la chimenea.) probemos á ver. (Vase por la puerta del fondo andando de puntillas. En el mismo instante, Enriqueta entreabre con mucho tiento la puerta de la izquierda y entra en escena siguiéndole con la vista.)

ESCENA V.

ENRIQUETA (Turbada.)

A dónde irá!.. Vamos, decididamente hay en todo esto algo extraordinario... Ese señor que fingia ahora mismo un sueño profundo, que insistia en que me fuese á mi cuarto... y que ahora se pasea por mis habitaciones .. la indiferencia que afectaba al quitarme el adorno, proponiéndome quitarme los corchetes, y hablando al mismo tiempo de sus cincuenta y tres años... nada de eso es natural... Si habré caido en un lazo? .. Dios mio! Será el vecino de enfrente! Yo no le conozco... apenas le he visto una ó dos veces en su ventana... Me ha parecido más jóven .. y quién dice que no se habrá disfrazado para presentarse en mi casa?.. Eso de dormirse en un baile... (Don Ignacio entra con la bujía en una mano y en la otra una bandeja con una perdiz, una botella de vino, pan y un cubierto) Ahí está. (Pónese á un lado sin ser visto junto á la chimenea.)

ESCENA VI.

DON IGNACIO.—ENRIQUETA.

IGNACIO. (Poniendo la bandeja encima de la mesa, sin ver á Enriqueta.)
He hallado una perdiz que está diciendo comedme!

ENRIQUETA.

(Vá á cenar.)

IGNACIO.

No me vendrá mal, restaurar mis fuerzas un poco.

ENRIQUETA.

(Eh!)

IGNACIO.

Bah! (Poniendo la bujía encima de la mesa.) Ya me he desarreglado mi peluca.

ENRIQUETA.

(Su peluca! Luego se ha disfrazado!.. Ya lo decia yo.) (Pasa al fondo.)

IGNACIO. (Arreglándose el pañuelo delante del espejo de la chimenea.)

Por fortuna la linda viudita no sospecha nada... y duerme tranquilamente.

ENRIQUETA.

(Qué haré? Tengamos sangre fria.) (Se acerca á la mesa y dispone el cubierto.)

IGNACIO. (Viéndola en el espejo y volviéndose vivamente.)

Es usted, señora? Usted aquí? Creí que estaba usted durmiendo.

ENRIQUETA.

Como usted... á quien dejé casi dormido.

IGNACIO.

Verdad es que á esta hora... (Emberazado.) pero la debilidad... la ocasion... la perdiz... voy á buscar otro cubierto...

ENRIQUETA.

Es inútil... (Vivamente.) No tengo ganas.

IGNACIO.

No le dice á usted nada esta perdiz?.. Vea usted, no le falta más que hablar. Por mi parte confieso que al mirarla siento un apetito feroz...

ENRIQUETA. (Con intencion.)

Un apetito de jóven...

IGNACIO.

Justo, de jóven.

ENRIQUETA.

Pues bien, siéntese usted á la mesa. (Señalándole una silla.)

IGNACIO.

Con mucho gusto, pero antes permítame usted...

ENRIQUETA.

Bien: serviré á V. de beber. (Sentándose.)

IGNACIO (Sentado.)

Perfectamente. (Comiendo.) Preciso es convenir en que es una lástima que no tenga yo veinte y cinco años menos.

ENRIQUETA.

¿Por qué?

IGNACIO.

Porque... una perdiz... un buen vaso de vino... y á solas con una mujer encantadora... (Bebe.)

ENRIQUETA.

(Ya se vende!)

IGNACIO.

Suponga usted por un momento que no tengo cincuenta y tres años...

ENRIQUETA.

¿Lo confiesa usted? (Vivamente.)

IGNACIO.

No confieso, supongo... no hago más que suponer... desgraciadamente (Vuelve á beber.)

ENRIQUETA.

(¡Oh yo le obligaré á que se descubra!)

IGNACIO.

Hénos aquí á los dos... á las cinco de la mañana... usted sirviéndome de beber sin desconfianza...

ENRIQUETA.

(Eso lo veremos.) Sabe usted, caballero, lo que hace á las mujeres fuertes?

IGNACIO.

No!...

ENRIQUETA (Con seguridad.)

Pues es su apariencia de debilidad. No se desconfia de ellas... se avanza temerariamente... y muchas veces se cae en el lazo...

IGNACIO.

No comprendo...

ENRIQUETA.

¿Quiere usted que le cite un ejemplo?

IGNACIO.

Cítelo usted... la escucharé comiendo, ó mejor dicho, comeré escuchándola.

ENRIQUETA.

Es una historia que le ocurrió á una amiga mia.

IGNACIO.

Vaya por la historia.

ENRIQUETA.

Mi amiga era jóven.

IGNACIO.

Como usted:

ENRIQUETA.

Viuda...

IGNACIO.

Como usted. .

ENRIQUETA.

Y como yo, estaba en vísperas de volver á casarse.

IGNACIO.

Las mujeres solo enviudan para eso.

ENRIQUETA.

Sucedió que una noche se hallaba sola en el campo, cuando fué visitada por un caballero de aspecto respetable... de unos cincuenta y dos á cincuenta y tres años.

IGNACIO.

Como yo.

ENRIQUETA.

Justo, como usted... dijo que era notario... y en efecto, le habló del estado de su fortuna, de la colocacion de sus fondos... de fincas... qué sé yo? En fin, la hora avanzaba, la noche se venia encima y mi amiga no tuvo más remedio que convidarle á comer. Ya estaba á la mesa...

IGNACIO.

Con un notario! Muy fastidiada debia estar.

ENRIQUETA.

Mi amiga estaba demasiado inquieta para fastidiarse...

IGNACIO. (Con interés.)

Inquieta! Por qué?

ENRIQUETA. (Levantándose lentamente y observándole.)

Porque en ciertas señales... en su modo de proceder... en su modo de mirar... habia visto que el supuesto notario era un jóven disfrazado.

IGNACIO. (Riendo con estrépito.)

Adivino el desenlace! El anciano se quitó su peluca, y se arrojó á los piés de la dama. (Lanza su servilleta sobre la mesa y hace un movimiento para levantarse. Enriqueta estiende la mano para detenerle.)

ENRIQUETA.

No.

IGNACIO. (Con calma y tomando un vaso.)

Ah! Y eso?...

ENRIQUETA. (Con intencion.)

Porque no tuvo tiempo; porque en el vino (Señalando al vaso de don Ignacio.) que habia bebido, mi amiga vertió veneno.

IGNACIO. (Levantándose vivamente.)

Envenenado!

ENRIQUETA.

(Es él!) No, caballero, tranquilícese usted; pero usted cree que (Con severidad.) que su conducta es la de un hombre honrado?

IGNACIO. (Desconcertado.)

Señora... yo he visto esa perdiz... en el aparador...

ENRIQUETA.

Le he negado á usted mi mano... tengo yo la culpa si amo á otro?... Sobre todo es una razon para perderme á los ojos del mundo?...

IGNACIO.

Yo?... juro á usted...

ENRIQUETA.

Ese disfraz es inútil... usted no es lo que parece... puede usted quitarse la peluca...

IGNACIO.

Eh!...

ENRIQUETA.

No me hable usted de sus cincuenta y tres años.

IGNACIO.

Señora, permítame usted la diga que está en un error... Tengo cincuenta y tres años... desgraciadamente... tengo la pata de gallina... desgraciadamente... y llevo peluca hace diez años... desgraciadamente.

ENRIQUETA. (Confusa.)

Entonces... me he engañado.

IGNACIO.

Es muy probable.

ENRIQUETA.

Dispense usted, caballero... le he tomado á usted por el vecino de enfrente... á quien apenas conozco... Suplico á usted que vuelva á sentarse, y continúe su colacion...

IGNACIO.

Gracias... ya no tengo hambre.

ENRIQUETA. (Presentándole un vaso y ofreciéndole de beber.)

No tema usted nada; no soy una Lucrecia Borgia.

IGNACIO.

No tengo sed... Esa historia de ahora poco...

ENRIQUETA.

Oh! ha sido pura invencion.

IGNACIO.

No importa... lo poco que he comido no me ha sentado muy bien. (Se sienta en el sillon al lado de la chimenea.)

ENRIQUETA.

Dios mio! Se ha puesto usted malo?... Voy por mi frasquito de éter. (Entra en su cuarto precipitadamente.)

ESCENA VII.

DON IGNACIO despues UNA VOZ.

Válgame Dios, señor, no me faltaba más que caer malo... Y á esto le llaman divertirse!... A ver si el fresco me hace bien; aquí se ahoga uno. (Abre la ventana.) Todavia no amanece! (Abren con violencia la ventana de enfrente.)

UNA VOZ.

Caballero!

IGNACIO. (Entrando vivamente y dejando caer las colgaduras.)

Ah! el vecino de enfrente... (A media voz.) No se ha acostado todavía.

LA VOZ.

Me dará usted razon de su conducta!

IGNACIO.

A que me va á desafiar ahora?

LA VOZ.

Por mucho que usted lo oculte, le conozco, señor Contreras!

IGNACIO. (Muy estrañado.)

Me conoce! Sabe como me llamo!

LA VOZ.

A las diez estaré en su casa de usted. Calle de Alcalá, núm. 84.

IGNACIO. (Precipitándose hácia la ventana.)

Sabe dónde vivo! pero, señor mio...

LA VOZ.

Buenas noches!

IGNACIO.

Oiga usted.

ESCENA VIII.

DON IGNACIO.—ENRIQUETA con un frasquito en la mano

ENRIQUETA.

Aquí estoy ya... Qué veo? quién ha abierto esa ventana?

IGNACIO.

Dispense usted, señora, pero me faltaba oxígeno...

ENRIQUETA. (Asustada.)

Y le ha visto á usted el vecino de enfrente?

IGNACIO.

Sí, señora, y hasta me ha desafiado.

ENRIQUETA.

Un duelo!

IGNACIO.

No es eso todo: lo particular es que ese señor me conoce.

ENRIQUETA.

A usted?

IGNACIO.

Sabe que vivo en la calle de Alcalá, núm. 84.

ENRIQUETA. (Admirada.)

Cómo! .. usted vive...

IGNACIO.

Alcalá, 84, 2.º, en casa de mi sobrino D. Luis de Contreras.

ENRIQUETA.

(El tio de Luis!)

IGNACIO.

A dónde me ha visto? A dónde me ha conocido?... Hace veinte y tres años que yo no venia á Madrid.

ENRIQUETA.

(Ya comprendo... lo ha tomado por su sobrino...) Es muy sencillo... ese señor habrá venido sin duda esta noche... le habrá oido llamar á usted, y le ha provocado.

IGNACIO.

Oh! no tema usted nada, señora, yo me conozco, y no me batiré... le daré una satisfaccion.

ENRIQUETA.

Pero no por eso dejaré yo de ser mañana la fábula de todo Madrid... se deshará mi casamiento... (Fingiendo desesperacion.) Qué necesidad tenia usted de abrir esa ventana?

IGNACIO.

Repito á usted que no ha sido culpa mia, señora, sino del oxígeno y del azoe.

ENRIQUETA.

Qué va á ser de mí? Dios mio!...

IGNACIO.

(Y llora!)

ENRIQUETA.

Cuando el porvenir se me presentaba risueño como nunca... Ah! estoy perdida! Solo me resta morir!

IGNACIO.

Permítame usted, señora...

ENRIQUETA.

Oh! Ya sé lo que va usted á hacer. Va usted á proponerme que me case con usted?

IGNACIO.

Yo?... Nunca!... He hecho voto de permanecer viudo...

ENRIQUETA.

Sin embargo, caballero, si yo lo exigiese...

IGNACIO.

Es imposible, señora... Haria á usted muy desgraciada. Hay momentos en que soy insoportable.

ENRIQUETA.

Pero entonces, tendrá usted hijos...

IGNACIO.

No, señora, el cielo me ha negado esa ventura... hasta hoy, y como soy viudo, no creo...

ENRIQUETA.

Tendrá usted un hermano... un sobrino?...

IGNACIO.

Un sobrino?... sí, efectivamente, tengo un sobrino.

ENRIQUETA.

Pues á él le toca reparar la falta que usted ha cometido conmigo.

IGNACIO.

Corriente, así como así quiere casarse.

ENRIQUETA.

Ah! de veras?

IGNACIO.

Sí, le obligaré á que se case con usted.

ENRIQUETA.

(Que te quemas!) Pero y si se niega á ello?

IGNACIO.

Si se niega lo desheredo. Además, por qué habia de negarse? Es un chico guapo, elegante... y usted por su parte es jóven...

ENRIQUETA.

Veinte años.

IGNACIO.

Muy bien... Rica... porque usted debe ser rica?...

ENRIQUETA.

Treinta mil duros.

IGNACIO.

Treinta mil... Encantadora!.., porque es usted encantadora!... (A sí mismo.) (Treinta mil duros!) A ver, á ver!... poco á poco... puesto que yo soy quien ha comprometido á usted, no veo la razon por qué no he de ser yo... (Treinta mil duros!) Seria obligar al pobre muchacho...

ENRIQUETA.

Eh!

IGNACIO.

Cuando yo estoy aquí... porque yo estoy aquí...

ENRIQUETA.

Usted?... Permítame que le diga...

IGNAGIO.

Nada, nada, me caso con usted... Treinta mil duros!

ENRIQUENA.

Qué?

IGNACIO.

Digo que treinta mil veces, si es posible.

ENRIQUETA.

Pero yo rehuso... Si fuese su sobrino de usted, pase.

IGNACIO.

Mi sobrino, mi sobrino... He engañado á usted, señora... mi sobrino es muy feo... es horrible...

ENRIQUETA.

(Qué embustero!)

IGNACIO.

Tiene tres años más que yo...

ENRIQUETA.

(Oh!)

IGNACIO.

Conque vamos á ver, se conviene usted?.. acepta?

ENRIQUETA.

Jamás.

IGNACIO.

Entonces, señora, voy á verme en la necesidad de obligarla á ello.

ENRIQUETA.

Cómo!

IGNACIO.

Acabando de comprometerla.

ENRIQUETA.

Pero, no ha dicho usted que me haria muy desgraciada?

IGNACIO. (Con pasion.)

Sí, á fuerza de amor... porque la amo á usted, la adoro! Y si usted se niega, abro todas las puertas, las ventanas, llamo, escandalizo, y me bato en desafío.

ENRIQUETA.

Pero eso es horrible.

IGNACIO.

Cuando estoy apasionado, soy capaz de todo...Treinta mil duros! Cáspita!... (Dá un paso hácia la ventana.)

ENRIQUETA. (Deteniéndole con el gesto.)

No abra usted.

IGNACIO. (Con alegria.)

Ah! Consiente usted al fin.

ENRIQUETA. (Con resignacion.)

Consiento. (Se deja caer en el sillon junto á la chimenea.) Y puesto que hemos llegado á este punto, me permitirá usted le confie una mision delicada.

IGNACIO.

Todo lo que usted quiera, señora. (Con fuego.) Todo, todo!

ENRIQUETA.

En ese cofrecito (Señalando á la chimenea.) hallará usted varias cartas y un retrato... que yo no habia tenido dificultad en aceptar. Hágame usted el gusto, caballero, de entregarlas á la persona de quien las he recibido. (Se levanta.)

IGNACIO. (Yendo á donde está el cofrecillo.)

Permitame usted, señora...

ENRIQUETA.

Puesto que vá usted á ser mi marido...

IGNACIO.

Es justo. (Abre una carta.)

ENRIQUETA.

Suplico á usted que no lea...

IGNACIO.

Puesto que vá usted á ser mi mujer...

ENRIQUETA.

Es justo.

IGNACIO.

Se me figura que conozco esta letra... Es singular... á ver su nombre?..

ENRIQUETA.

Abra usted el estuche y lo hallará.

IGNACIO. (Abriendo el estuche.)

Su retrato. (Reconociendo.) Mi sobrino!..

ENRIQUETA.

Sí, mi querido tio, su sobrino de usted, que temo se deje desheredar, antes que abandonar sus derechos á mi corazon.

IGNACIO.

Poco á poco... poco á poco... Treinta mil duros! El honor de usted lo exige, yo la he comprometido.

ENRIQUETA. (Sonriendo.)

Oh! un tio de cincuenta y tres años.

IGNACIO.

Cincuenta y dos y ocho meses.

ENRIQUETA.

Y en qué me ha comprometido usted? No es natural que un tio que llega á Madrid vaya á ver á su sobrina? Mi querido tio. (Designándole la puerta del fondo.) Aquel es su cuarto de usted.

IGNACIO.

Ah! tiene usted un cuarto?

ENRIQUETA.

Que le espera.

IGNACIO.

Y no me lo decia? Y me deja que pase la noche en ese sillon?

ENRIQUETA.

Ignoraba que era usted mi tio. Mañana envio á buscar su equipaje, y le instalo en mi casa.

IGNACIO.

Qué diablos! No me parece mal. Asi nadie tendrá nada que decir.

ENRIQUETA.

Ni el vecino de enfrente. (Designa la ventana de enfrente.)

IGNACIO.

Es verdad. Calla! Se me ocurre una idea. Venga usted acá, mi querida sobrina. (Va á abrir la ventana del fondo)

ENRIQUETA.

Qué va usted á hacer?

IGNACIO.

Va usted á verlo. (Llamando.) Caballero, dispense usted si le incomodo.

VOZ.

Qué? qué quiere usted?

IGNACIO. (Tomando á Enriqueta de la mano y presentándola.)

Tengo el gusto de participar á usted el próximo enlace de esta señora con D. Luis Contreras, mi sobrino.

VOZ.

Ah!

IGNACIO.

Y suplicarle que no vuelva á asomarse á esa ventana, porque se llevará un chasco pesado el dia que menos piense.

VOZ.

Bien, bien! (Cierra la ventana de enfrente dando un portazo: don Ignacio cierra tambien.)

IGNACIO.

Está furioso! Ea, ahora, sobrina mia...

ENRIQUETA. (Dándole una luz que ha tomado de la mesa y yendo á abrir la puerta del fondo.)

Ahora, mi querido tio, allí tiene usted su cuarto. (Le indica una puerta del fondo.) Buenas noches... Mañana á las doce le llamaremos á usted.

IGNACIO.

A las doce?... Mejor seria á las dos.

ENRIQUETA.

A las dos... bien... buenas noches.

IGNACIO.

Buenas noches. (Enriqueta se dirige á la puerta de la izquierda y don Ignacio hácia la derecha.)

ENRIQUETA. (En la puerta de la izquierda.)

Hasta mañana.

IGNACIO.

A las dos. (Enriqueta entra en su cuarto. don Ignacio se adelanta hácia el público con la bujía en la mano, mira si está solo, y dice:) Se me ocurre una idea! (De pronto dice.) No, voy á acostarme. (Se dirige á su cuarto.) Pues bien, sí.. (Vuelve otra vez hácia el público.)

ENRIQUETA. (Viniendo á dónde está D. Ignacio.)

Qué hay? En qué piensa usted?

IGNACIO.

Pensaba en que mi sueño
será intranquilo,
si el público no aprueba
lo convenido.

ENRIQUETA.

Si he de hablarle con verdad,
confieso á usted con franqueza,
que el éxito de esta pieza
pica mi curiosidad.
Del público en la bondad
tan solamente confio.
Y pues en ella me fio,
público amigo y señor,
el aplauso de rigor
esperamos yo y mi tio.

FIN.

Habiendo examinado este juguete, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 20 de Diciembre de 1862.—El Censor de Teatros, Antonio Ferrer del Rio.

¡EL ÚLTIMO PICHON!

Madrid —Imprenta de C. Gonzalez, S. Vicente Alta, 52.